

EDITORIAL

Editorial

EL NECESARIO QUIEBRE

The necessary bankruptcy

RICARDO GIL OTAIZA

Universidad de Los Andes, Facultad de Farmacia y Bioanálisis. Academia de Mérida.
Mérida, Venezuela. E-mail: rigilo99@gmail.com

Nos encontramos insertos en un período de la historia de la humanidad que muchos denominamos como *posmodernidad*. Si bien, no hay aquiescencia del todo en el ámbito de lo académico en ubicarle en un determinado tiempo cronológico, que nos permita decir con precisión el día y la hora de su comienzo (como no la hay con respecto a ningún otro período histórico, sino aproximaciones más cercanas a las hipótesis y a los supuestos de investigación), estamos conscientes de un quiebre, de una ruptura paradigmática que nos impele a reflexiones filosóficas y a redefiniciones en el terreno de lo fáctico.

Para ser más dramáticos: hay autores que expresan que jamás ha existido tal *posmodernidad*, que todo esto ha sido tan solo la resultante de un mero esnobismo intelectual. Otros afirman que ya fue superada. Algunos menos escépticos en materia epistemológica, aseguran que estamos viviendo sus últimos días, es decir, sus estertores. En todo caso, este devenido período que nos abriga desde lo gnoseológico y lo humano, nos empuja a una nueva noción de la existencia: a poner en duda todo aquello que hasta ahora ha sido aceptado como verdad única e irrefutable. La *duda de la duda*, como lo plantea no sin ironía y cierto humor negro el pensamiento complejo.

En este sentido, la nueva visión con respecto del medioambiente, emergida del cambio de referentes filosóficos y epistemológicos de la *posmodernidad*, es también un signo alentador y prodigioso en el contexto de la incertidumbre global reinante en nuestros días. La tecnociencia y su noción antropocéntrica, producto aquilatado de la *modernidad* y, con ella, de la *Ilustración*

(todavía vigente en muchos contextos, aunque parezca inaudito), está siendo interpelada, ya que como sabemos se olvidó de manera peligrosa y atrabiliaria del ecosistema y del planeta en general, al asumirse como mera abstracción del intelecto, sin que hubiese una auténtica conexión con la realidad medioambiental, ni con la necesaria previsión de sus (nefastas) consecuencias en nuestras vidas.

Dicho en otras palabras: la tecnociencia se centró en el hombre, pero obvió aquello que Edgar Morin, padre del pensamiento complejo, expresa con lucidez en *Tierra Patria* (libro compartido con Anne Brigitte Kern): “el verdadero desarrollo es el desarrollo humano.” Como ha de suponerse, lo humano no podrá desligarse jamás de la naturaleza y del planeta bajo la noción de la casa común, tal y como nos lo recuerdan Leonardo Boff (eminente teólogo y ecologista brasileño, autor de los extraordinarios libros: *Ecología: grito de la Tierra grito de los pobres; La opción-Tierra; El cuidado necesario*); Benedicto XVI, hoy papa Emérito (autor de una densa obra teológica y filosófica que ahonda, entre muchos otros aspectos, en el problema medioambiental, podría resaltar aquí su magnífica Carta Encíclica *Cáritas In Veritate*); y el propio Francisco en su Encíclica *Laudato Si* (texto en el que se muestra deudor de la referida obra del Papa alemán), so pena de infringirle al planeta daños profundos y permanentes, que pongan en riesgo su auto-eco-organización (y nuestra propia existencia). Es decir, la capacidad de la Tierra para regenerarse y mantenerse en un equilibrio, que garantice la supervivencia y la heredad de las sucesivas generaciones.

La pandemia del Covid-19 nos tomó por asalto, a pesar de la machacona prédica de muchos en cuanto a la posibilidad cierta de pestes y de otros males, de continuar el paulatino deterioro medioambiental y, con él, de la calidad de vida. El futuro nos alcanzó y con él sus nubarrones. Esta trágica experiencia nos ha interpelado en lo más profundo, hasta llevarnos a serias reflexiones ontológicas en torno del necesario giro en los derroteros humanos, que busque sanar en el ahora las heridas y recoger con premura los pasos perdidos. Ha llegado el momento del cambio, de repensar el desarrollo, de buscar revertir los daños profundos que le hemos causado al planeta, que nos han traído a este punto de inflexión en nuestra historia.

Hoy, a estas alturas del siglo XXI, ya no podemos contentarnos con aspirar a la mera sostenibilidad del planeta, porque esta noción ha sido muchas veces el producto de un discurso engañoso e hipócrita, que ha posibilitado el que demagogos y delincuentes (empresarios, magnates, luminarias, jefes de estado de naciones desarrolladas o no), se escondan tras sus nobles premisas y con eufemismos y jergas ininteligibles para la mayoría, busquen continuar

explotando de manera indiscriminada los recursos del planeta a costa de la destrucción de los sueños de todos, y del propio equilibrio planetario.

Debemos ir más allá, dar un salto cualitativo que nos oriente a una ciencia y a una técnica que no socaven los recursos naturales, ni ahonden aún más la inmensa brecha existente entre el “progreso-desarrollo” (puestos entre comillas en la *posmodernidad*), y la existencia en sus más variadas y ricas manifestaciones. Hacerlo desde la academia, desde las aulas de clase, desde la práctica certera cotidiana que busque soluciones a tantos escollos, es sin duda un paso valiente e importante, que traerá consigo cambios profundos en el pensamiento y en la acción: binomio que deberá ir siempre de la mano en la conquista de mejores horizontes planetarios. Ergo, de la vida en toda la extensión de la palabra.